

Predico con mi Vida

Cuentos:

✍ CUENTO: JUANITO JUANOLAS

Juanito Juanolas era un niño simpático y popular al que todos querían. Era tan divertido, bueno y amable con todos, que le trataban estupendamente, siempre regalándole cosas y preocupándose por él. Y como todo se lo daban hecho y todo lo tenía incluso antes de pedirlo, resultó que Juanito se fue convirtiendo en un niño blandito; estaba tan consentido por todos que no aguantaba nada, ni tenía fuerza de voluntad ninguna: las piedras en el zapato parecían matarle, si sentía frío se abrigaba como si estuviera en el polo, si hacía calor la camiseta no le duraba puesta ni un minuto y cuando se caía y se hacía una herida... bueno, eso era terrible, ¡había que llamar a un ambulancia!. Y se fue haciendo tan notorio que Juanito era tan blando, que un día el propio Juanito escuchó como una mamá le decía a su hijo "venga, hijo, levanta y deja de llorar, que pareces Juanito Juanolas". Puff, aquello le hizo sentir tanta vergüenza, que no sabía qué hacer, pero estaba seguro de que prefería que le conocieran por ser un niño simpático que por ser "un blandito". Durante algunos días trató de ver cuánto podía aguantar las cosas, y era verdad: no aguantaba nada, todo le resultaba imposible de soportar y cualquier dolor le hacía soltar lágrimas y lágrimas.

Así que, preocupado, se lo dijo a su papá, aunque le daba mucho miedo que se riera por sus preocupaciones. Pero su papá, lejos de reírse, le contó que a él de pequeño le había pasado lo mismo, pero que un profesor le contó un truco secreto para convertirse en el chico más duro.

-¿Y cuál es ese truco?

- Comer una golosina menos, estudiar un minuto más, y contar hasta 5 antes de llorar.

Juanito no se lo podía creer

- "¿sólo con eso?, ¡si está chupado!".

- sólo con eso -dijo su papá- es muy fácil, pero te aviso que te costará un poco.

Juanito se fue contentísimo dispuesto a seguir aquel consejo al pie de la letra. Al llegar junto a su mamá, ésta le vio tan contento que le dio dos golosinas. "Una golosina menos", pensó Juanito, así que sólo cogió una, pero comprobó que su papá tenía razón: ¡le costó muchísimo dejar la otra en la mano de su madre!

Aquella misma tarde tuvo ocasión de poner el truco en práctica, y estudiar un minuto más. ¡Se perdió el primer minuto de su programa favorito! pero al conseguir hacerlo se sintió muy satisfecho, lo mismo que ocurrió cuando se dió un golpe con la esquina de la mesa: sólo pudo contar hasta 4, pero su mamá quedó impresionadísima con todo lo que había aguantado.

Y así, durante los siguientes días, Juanito siguió aplicando el lema de comer una golosina menos, estudiar un minuto más, y contar hasta 5 antes de llorar. Y cuanto más lo aplicaba, menos le costaba, y en poco tiempo se dió cuenta de que no sólo podía comer menos golosinas, estudiar más, y llorar menos, sino que también podía hacer cosas que antes le parecían imposibles, como comer verduras o correr durante largo rato.

Y contentísimo, cogió un papel, escribió el truco, y lo guardó en un cofre con un cartel que decía. "Cosas importantísimas que tendré que contar a mis hijos"

PREGUNTAS PARA PENSAR...

¿Qué le pasó a Juanito Juanolas?

¿Te has sentido alguna vez como el personaje de esta historia?

¿Conoces a alguien que le haya pasado algo así?

¿Crees que ese truco funciona?

***✍* CUENTO: EL PULGAR RENCOROSO**

Había una vez una mano cuyos dedos eran muy amigos. Pero ocurrió que el dueño de la mano empezó a hacer un trabajo peligroso y a pesar del cuidado que ponía el resto de dedos, el pulgar siempre salía malparado con cortes y heridas. Al principio los otros dedos pedían disculpas por su torpeza y el pulgar les perdonaba, pero la situación se repitió tanto que un día el pulgar decidió no perdonarles más, así que se apartó del resto de dedos de la mano.

Al principio el pulgar iba muy digno todo recto y separado, pero aquella posición de los dedos era tan forzada y ridícula, que el dueño tuvo que llevar su mano constantemente oculta en el bolsillo, donde los dedos sufrían con pena el mayor de los olvidos.

Entonces el pulgar comprendió que todo había sido culpa suya, y pidió perdón al resto de dedos, temeroso de que fueran a rechazarle. Pero al contrario, estos le perdonaron sin problemas porque sabían que todos podemos equivocarnos.

Una vez amigos de nuevo, todos los dedos trabajaron juntos por demostrar al dueño que estaban perfectamente, y en poco tiempo consiguieron volver a salir a la luz, sabedores esta vez de que siempre deberían seguir perdonándose para no acabar en un triste y oscuro bolsillo.

PREGUNTAS PARA PENSAR...

¿Te cansas como el pulgar del cuento de perdonar a quienes te hacen daño?

¿Por qué?

¿Qué actitud crees que ayudó para que el pulgar volviera a colocarse bien y todos los dedos de la mano volvieran a funcionar juntos?

¿Te ha ocurrido a ti algo parecido con tus amigos? ¿Cómo se resolvió?

***✍* CUENTO: EL PÁJARO VIAJERO (adaptado, escrito por un niño de 7 años)**

Había una vez un pájaro que desde pequeño soñaba en dar la vuelta al mundo y hacer muchos amigos. Cuando se hizo grande fue a dar la vuelta al mundo y se encontró con un montón de pájaros de distintos tamaños y colores al otro lado del mundo, que también soñaban con conocerle, se hicieron amigos y fueron felices.

***✍* CUENTO: LAS DOS AMIGAS (adaptado, escrito por una niña de 7 años)**

Ana, Paula y Malvina eran muy amigas, pero nunca querían juntarse con las demás niñas de la clase. Siempre jugaban ellas dos solas y no querían compartir nada con las demás, ni la merienda que comían en los recreos.

Pero un día, mientras jugaban al “pilla pilla”, se dieron cuenta de que era aburrido encontrarse enseguida, y que ese juego sería mucho más divertido si jugaran con más amigas y amigos.

Entonces al otro día organizaron una fiesta que titularon: el Día del Amigo a la que invitaron a todas las niñas y niños de su clase. Y ese día jugaron tanto, todos juntos, que fueron amigos para siempre y nunca más se aburrieron.

Estamos tan agustito, tan agustito... que nadie venga a removernos... La culpa de que el mundo este así no es mía, cuando yo nací la cosa ya estaba así... Yo no me meto con nadie, yo llevo una vida normal... Ahora que parece que las cosas empiezan a irme bien, voy aprobando, con mi novio no me va mal... parece que la chica que me gusta me hace caso... Con lo que me ha conseguido comprarme el iphone, las deportivas de Dolce& Gabana... que tengo que ser solidario... ayunar... dar de mi dinero, de mi tiempo... ¿por qué? “A mi que no me toquen!!” En todo caso lo que sobre ¿no?

Un yogui en el camino

Cuento oriental

Se trataba de un gran yogui, un sadhu errante, que había hecho de su vida una búsqueda de la más alta sabiduría. Se sentó a la orilla del camino y entró en éxtasis, deleitando así el néctar de su propio ser.

Entonces pasó por el lugar un ladrón y al verle dedujo: “Este hombre es, sin duda, un ladrón que tras haber pasado la noche robando, agotado, se ha quedado ahora dormido. No vaya a ser que venga la policía y al prenderle a él, me prendan a mi también”. Y el ladrón huyó presto.

No mucho después pasó un borracho, miró al hombre al borde del camino y pensó: “Este está como una cuba. Ha bebido tanto que se ha caído al borde del camino y no puede ni moverse”, y, tambaleándose, el borracho se alejó.

Llegó por último un verdadero buscador espiritual y al contemplar al gran yogui en éxtasis, rápidamente intuyó que se trataba de un alma noble abismada en éxtasis. Se sentó a su lado, se inclinó y tocó sus pies en señal de reverencia.

Así el sabio reconoce al sabio. Así también cada persona proyecta sobre las otras lo que ella misma es, censurando en los otros aquello con lo que en sí misma se muestra indulgente. Sólo ve la verdad quien tiene una mente aplicada a la verdad; encuentra la sinceridad quien la lleva en su corazón.

La oscura caverna

Max Lucado

Un relato sobre la necesidad de arriesgarse para encontrar la verdadera luz

Hace mucho tiempo hubo una tribu que vivía en una oscura y fría caverna. La caverna era pequeña y la tribu vivía hacinada dentro de ella temblando de frío. Durante mucho tiempo, la tribu gritaba y se lamentaba. Era todo lo que ellos hacían. Era todo lo que ellos sabían hacer. Los sonidos que emitía la tribu en la caverna eran fúnebres; pero la tribu desconocía esto pues ellos jamás habían conocido la alegría. El espíritu de la cueva era un espíritu de muerte; pero la tribu tampoco lo sabía pues ellos nunca conocieron lo que era en verdad la vida.

Un día ellos escucharon una voz diferente que les dijo:

- “He escuchado sus lamentos. He sentido su frío y he visto su oscuridad. Es por eso que he venido a ayudarlos”.

La tribu permaneció en silencio. Ellos nunca habían escuchado esa voz: la esperanza, y parecía extraño a sus oídos.

- ¿Cómo podemos saber nosotros que usted ha venido a ayudar? -le preguntaron.

- Confíen en mí, -contestó el hombre-. Yo tengo lo que ustedes necesitan.

Las personas de la cueva se acercaron a través de la oscuridad para observar la figura del extraño. Él estaba apilando algo, inclinándose de un lado a otro para recoger y volverlo a apilar.

- ¿Qué está haciendo usted? -preguntó uno de ellos.

El visitante estaba de pie y habló en dirección a las voces:

- “Yo tengo lo que ustedes necesitan”.

Se agachó hasta el suelo y encendió lo que había estado apilando tan cuidadosamente. La madera apilada hizo erupción y la luz llenó la caverna.

La tribu entró en pánico, y empezaron a gritar:

- ¡Apáguelo! ¡Hiere nuestros ojos!

- “La luz siempre hiere antes de que ayude”, -contestó el extraño-. Acérquense un poco más, el dolor irá pasando pronto.

- Yo no puedo, dijo una voz.

- Yo tampoco.

- Sólo un necio se arriesgaría exponiendo sus ojos a tal luz, dijo un tercero.

El extraño estaba de pie al lado del fuego y les dijo:

- ¿Acaso prefieren la oscuridad? ¿Prefieren el frío? No tengan miedo. Tengan fe.

Durante mucho tiempo nadie habló. Las personas trataban de cubrir sus ojos con las manos y escondiéndose unos de tras de otros. No se animaban a acercarse. El extraño estaba al pie del fuego y les dijo para animarlos: “Está caliente aquí”.

De pronto una voz salió del fondo de la cueva.

- “Él tiene razón”, -dijo-. Es más caluroso...

El extraño se volteó y vio acercarse a una mujer hacia el fuego. “Ahora puedo abrir mis ojos. Ya puedo ver” dijo la mujer.

- “Acércate”, le dijo el extraño.

Ella obedeció y caminó hacia el anillo de luz.

“¡Es tan caluroso aquí!”, dijo la mujer mientras extendía sus manos. “Ya no siento frío”. “Vengan acérquense, sientan el calor”, les dijo a sus demás compañeros.

“¡Cállese!”, gritó una voz. “¿Cómo te atreves a invitarnos a tal tontería? Déjanos, déjanos y toma tu luz. Llévatela, no la queremos.”

“¿Por qué no vienen? ¿A que le temen?”, dijo la mujer al extraño.

Él respondió:

- “Ellos escogen el frío, pues aunque está frío, es lo que ellos conocen. Prefieren morir de frío antes de confiar y arriesgarse por algo nuevo, por algo diferente, que los salvará”.

- “¿Y vivir en la oscuridad para siempre?”

- “Sí, y vivir siempre en la oscuridad.” La mujer permaneció en silencio. Miró primero a la oscuridad y luego al extraño.

El extraño entonces le preguntó:

- “¿Dejarías tú el fuego?”

Ella hizo una pausa, y entonces contestó:

- “No podría permanecer más en el frío. Pero tampoco estaría en paz sabiendo que mi gente muere en la oscuridad de esta cueva.”

- “Eso no será necesario”, respondió el hombre. “Ten, extendiéndole un palo que ardía en fuego. Lleva esto a tu gente. Diles que la luz está aquí, que la luz es portadora de calor, de vida. Diles que la luz es para todo aquél que la desea, para todo aquél que tiene fe.”

Ella tomó la pequeña llama y caminó entre las sombras.

Los obstáculos, camino de superación

Un día, una pequeña abertura apareció en un capullo; un hombre se sentó y observó a la mariposa por varias horas, mientras ella se esforzaba para hacer que su cuerpo pasase a través de aquel pequeño agujero.

En tanto, parecía que ella había dejado de hacer cualquier progreso. Parecía que había hecho todo lo que podía, pero no conseguía agrandarlo. Entonces el hombre decidió ayudar a la mariposa: él tomó una tijera y abrió el capullo. La mariposa pudo salir, pero su cuerpo estaba marchito, era pequeño y tenía las alas arrugadas.

El hombre siguió observándola porque esperaba que, en cualquier momento, las alas se asieran y estirasen para ser capaces de soportar el cuerpo, y que este se hiciera firme.

¡Nada aconteció! En verdad, la mariposa pasó el resto de su vida arrastrándose con un cuerpo marchito y unas alas encogidas. Ella nunca fue capaz de volar.

Lo que el hombre, en su gentileza y su voluntad de ayudar no comprendía, era que el capullo apretado y el esfuerzo necesario para que la mariposa pasara a través de la pequeña abertura, era la forma en que Dios hacía que el fluido del cuerpo de la mariposa, fuese a sus alas, de tal modo que ella estaría lista para volar, una vez que se hubiese liberado del capullo.

Algunas veces, el esfuerzo es exactamente lo que necesitamos en nuestra vida. Si Dios nos permitiese pasar por nuestras vidas sin encontrar ningún obstáculo, nos dejaría limitados. No lograríamos ser tan fuertes como podríamos haber sido. Nunca podríamos volar.

Vive la vida sin miedo, enfrenta todos los obstáculos y demuestra que puedes superarlos.

Los clavos y el amor

Había un niño que tenía muy mal carácter. Un día su padre le dio una bolsa de clavos y le dijo que cada vez que perdiera la calma debería clavar un clavo en la cerca de atrás de la casa.

El primer día el niño clavó 37 clavos en la cerca...

Pero poco a poco fue calmándose porque descubrió que era mucho más fácil controlar su carácter que clavar los clavos en la cerca.

Finalmente llegó el día cuando el muchacho no perdió la calma para nada y se lo dijo a su padre y entonces el papá le sugirió que por cada día que controlara su carácter debería sacar un clavo de la cerca.

Los días pasaron y el joven pudo finalmente decirle a su padre que ya había sacado todos los clavos de la cerca..., entonces el papá llevó de la mano a su hijo a la cerca de atrás...

Mira hijo, has hecho bien... pero fíjate en todos los agujeros que quedaron en la cerca... Ya la cerca nunca será la misma de antes... cuando dices o haces cosas con coraje, dejas una cicatriz como este agujero en la cerca...

Es como meterle un cuchillo a alguien, aunque lo vuelvas a sacar, la herida ya quedó hecha... No importa cuántas veces pidas disculpas, la herida está ahí... Una herida física es igual de grave que una herida verbal...

Los amigos, los amores son verdaderas joyas a quienes hay que valorar... Ellos te sonríen y te animan a mejorar...

Te escuchan, comparten una palabra de aliento y siempre tienen su corazón abierto para recibirte...
Demuéstrales cuánto los quieres...

CUENTO: EL ANCIANO QUE SEMBRABA DÁTILES

En un oasis escondido entre los más lejanos paisajes del desierto, se encontraba el viejo ELIAHU de rodillas, a un costado de algunas palmeras datileras.

Su vecino HAKIM, el acaudalado mercader, se detuvo en el oasis a abreviar sus camellos y vio a ELIAHU transpirando, mientras parecía cavar en la arena.

-Que tal anciano? La paz sea contigo.

-Contigo- contesto ELIAHU sin dejar su tarea.

-Que haces aquí, con esta temperatura, y esa pala en las manos?

-Siembro- contesto el viejo.

-Que siembras aquí, ELIAHU?

-Dátiles -respondió ELIAHU mientras señalaba a su alrededor el palmar.

-Dátiles!!!- repitió el recién llegado, y cerro los ojos como quien escucha la mayor estupidez.

-El calor te ha dañado el cerebro, querido amigo. Ven, deja esa tarea y vamos a la tienda a beber una copa de licor.

- No debo terminar la siembra. Luego si quieres, beberemos...
- Dime, amigo: Cuantos años tienes?
- No sé... sesenta, setenta, ochenta, no sé... lo he olvidado... pero eso que importa?
- Mira amigo, las datileras tardan mas de 50 años en crecer y hasta que no llegan a ser palmeras adultas no están en condiciones de dar frutos. Yo no estoy deseándote el mal y lo sabes, ojalá vivas hasta los 101 años, pero tú sabes que difícilmente podrás llegar a cosechar algo de lo que hoy siembras. Deja eso y ven conmigo.
- Mira Hakim, yo comí los dátiles que otro sembró, otro que tampoco soñó con probar esos dátiles. Yo siembro hoy, para que otros puedan comer mañana los dátiles que hoy planto... y aunque solo fuera en honor de aquel desconocido, vale la pena terminar mi tarea.
- Me has dado una gran lección, ELIAHU, déjame que te pague con una bolsa de monedas esta enseñanza que hoy me diste - y diciendo esto, HAKIM le puso en la mano al viejo una bolsa de cuero.
- Te agradezco tus monedas, amigo. Ya ves, a veces pasa esto: tú me pronosticabas que no llegaría a cosechar lo que sembrara; parecía cierto y, sin embargo, mira, todavía no termino de sembrar y ya coseché una bolsa de monedas y la gratitud de un amigo.
- Tu sabiduría me asombra, anciano. Esta es la segunda gran lección que me das hoy y es quizás más importante que la primera. Déjame, pues, que pague esta lección con otra bolsa de monedas.
- Y a veces pasa esto -siguió el anciano y extendió la mano mirando las dos bolsas de monedas-: sembré para no cosechar y antes de terminar de sembrar ya coseche no solo una, sino dos veces.
- Ya basta, viejo, no sigas hablando. Si sigues enseñándome cosas tengo miedo de que no me alcance toda mi fortuna para pagarte...

COMENTARIOS:

Como dice una antigua frase: *"el mundo detrás de ti tiene que ser mejor porque has vivido tú en él"*. ¿Creemos de verdad que tenemos que dejar nuestra huella positiva en el mundo? ¿Cómo podemos hacer realidad esta frase? ¿Qué podemos "sembrar" "**predicar**" hoy, aquí, cada uno de nosotros que dará su fruto en el futuro aunque nosotros no lo veamos?